

SOFFI P. GUIDO (texto)  
MERCEDES TUDA  
(ilustraciones)



MIGDALIA  
Y EL  
HORNO  
MÁGICO



## ***Migdalia y el horno mágico***

Primera edición, 2023

Colección: Alas de Lagartija

© Carla Soffia Paz Guido, por el texto.

© Mercedes Tuda, por las ilustraciones

D.R. 2023 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional  
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces  
Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,  
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

[www.cultura.gob.mx](http://www.cultura.gob.mx)

[www.alasyraices.gob.mx](http://www.alasyraices.gob.mx)

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana. Corrección:  
María del Carmen Salazar Flamenco. Diseño de colección: Frida  
Solano Martínez. Formación: Sofía Escamilla Sevilla. Producción:  
José Francisco Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son  
propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural  
Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por  
cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización  
por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-251-3

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**GOBIERNO DE  
MÉXICO**

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

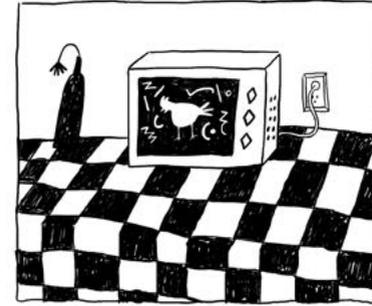
**alas raíces**

**ESTRATEGIA  
NACIONAL DE  
LECTURA**

# MIGDALIA Y EL HORNO MÁGICO

*SOFFI P. GUIDO (texto)*

*MERCEDES TUDA (ilustraciones)*



## 1. Un horno de oferta, de promoción

—¡Paquete para la señora Amígdala Buenrostro!

—¡Migdalia! ¡Ya le dije que me llamo Migdalia!

La señora Migdalia se puso la bata arriba del camión de dormir y se acercó a la puerta del departamento.

—¡No le pienso abrir hasta que diga bien mi nombre! ¡Me llamo Migdalia! ¡Mig-da-lia!

Migdalia era una mujer muy bonita y muy elegante que vivía con su nieto Juan Pablo. Tengo que decir que era “muy bonita y muy elegante” porque, si no lo hago, estoy seguro de que me va a reclamar. Migdalia es mi abuela y Juan Pablo, su nieto, soy yo. Pero voy a contar esta historia como si nosotros fuéramos otras personas porque no quiero que me reclamen por los crímenes que mi Abu cometió. Y también la contaré en pasado porque esto sucedió hace mucho, muchísimo tiempo, casi tres meses, o sea una eternidad.

—¡Está bien, señora Amígdalia! ¡Abra la puerta, tengo un paquete para usted!

—Lo voy a recibir porque nada más le falló una letra, ¿eh? Deme mi caja y váyase de aquí.

El repartidor de la paquetería le entregó a Migdalia una caja grande y pesada que puso sobre la mesa del comedor. No tenía ni letras ni un solo dibujo de lo que guardaba en sus paredes de cartón.

—¿Qué es esto, Abu? ¿Otra vez compraste tus cremas para adelgazar?

—No, JuanPi, es algo mil veces mejor. Tráeme las tijeras para abrir esta cosa.

Migdalia y JuanPi cortaron los metros de cinta que mantenían la caja sellada. Los repartidores de las cadenas de paquetería la conocían muy bien, pues recibía sobres o cajas mínimo una vez a la semana y nunca les daba propina con cualquier pretexto. “Híjole, joven, no tengo cambio”, “le doy para la próxima, muchacho” o “discúlpeme, jovencito, tengo que cerrar la puerta rápido o se va a meter algún bicho”, eran sus frases favoritas. Las últimas compras que había hecho eran estafas del canal ¡Llame ya!, como el pelador ultrasónico de papas, el Gordi Crunch para hacer ejercicio mejor que en un gimnasio y la batería de cocina Jale Cuc a la que se le pegaba todo.

—Ayer me encontré una oferta tan buena en internet que no la pude dejar pasar, JuanPi. ¿Te acuerdas del horno de microondas que teníamos antes?

—No, Abu.

—¡Exactamente! No te acuerdas porque no teníamos uno, pero con la oferta, la promoción de internet, ahora somos dueños de uno nuevecito y moderno.

Migdalia rompió la caja y sacó un horno de microondas más grande que los que JuanPi veía en la sección de muebles del súper. La puerta de cristal negro no dejaba distinguir el interior y en lugar de botones con números había tres diamantes de colores: uno verde, otro azul y el tercero morado.

—Yo creo que te estafaron otra vez, Abu, el horno está bien raro. Mira, ni siquiera tiene la pantallita donde aparece el tiempo que falta para que esté lista la comida.

—Es que hay un detalle que no te dije, JuanPi. La oferta la pusieron porque el microondas era pieza única y tenía una pequeña, pequeniiiita falla técnica.

—¿Y aun así lo compraste? ¿Qué tal que explota y nos incendiamos?

—No creo, hijo, pero ahí está el extintor por si las dudas.

JuanPi abrió la puerta del horno. Por dentro era idéntico a los de la casa de sus amigos: un plato de cristal que giraba y varios agujeritos por donde salía el calor. El cable para conectarlo a la luz era plateado, con brillos de diamantina.

—Ahora vamos a probarlo —Migdalia salió de la cocina con el *Tupper* donde guardaba el pollo en guajillo del día anterior—. Pásame un plato para poner esto.

—¿Vamos a desayunar lo que hiciste ayer?! Mejor voy a la tienda por unas palomitas y...

—¡Nada de palomitas, Juan Pablo! Vamos a calentar el pollo. ¡Y ni me digas que no te gusta la comida de un día antes, si en Navidad bien que te comes el espagueti de la cena toda la semana!

Migdalia metió el recipiente de cristal con el pollo en guajillo, cerró la puerta y miró los diamantes de colores del horno. Al momento de conectarlo a la corriente, los tres comenzaron a brillar, primero el morado, después el verde y al final el azul.

—¿Y ahora cómo funciona esto?

—Tal vez deberíamos leer el instructivo, Abu.

—¡Nada de instructivos! Esas cosas son para personas que no tienen la menor idea de lo que están haciendo, aparte ni siquiera trae uno.

—Entonces hay que apretar los diamantes siguiendo el patrón de luces de colores: morado, verde y azul.

—No hagas ruido, JuanPi, estoy pensando. ¡Ya sé! Hay que apretar los diamantes, así como lo marcaron las luces.

—¡Pues eso te dije, Abu!

Migdalia se puso los lentes para ver de cerca y apretó los diamantes con el dedo índice. En cuanto terminó de presionar el de color azul, se escucharon ruidos de nave espacial y varias luces de colores hicieron un baile adentro de la caja del horno. Después de eso, se apagó y la sala quedó en silencio.

—¡Esos fulanos me engañaron! ¡Este horno no sirve! ¡Vamos a tener que tirarlo a la basura!

—No es la primera vez que te engañan, Abu. Si el anuncio decía que el horno tenía una falla, es porque no servía, pero ahí vas a comprarlo.

—Sí, aunque...

JuanPi y Migdalia se miraron con miedo y voltearon hacia el horno de microondas. Adentro, detrás de la puerta de cristal, se escuchaba que algo golpeaba las paredes del aparato. Era un ruido pequeño, parecido a una moneda contra alguna ventana. Los tres diamantes del horno cambiaron de color para convertirse en amarillo, rojo y naranja.

—¡Ésos son los colores del fuego! ¡Córrele, JuanPi, córrele antes de que explote!

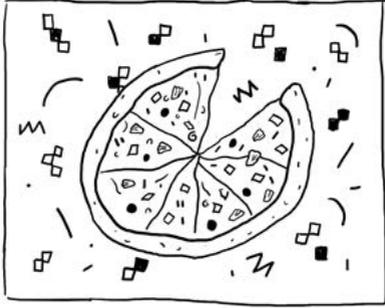
Pero ninguno de los dos alcanzó a correr. La puerta del horno se abrió con un zumbido y una nube de vapor cubrió la sala.

—¡Mujeres y niños primero! —gritó Migdalia—. ¡Vamos a volar en pedacitos! ¿Dónde quedó el extintor?

JuanPi se armó de valor para desconectar el horno y evitar que hiciera corto circuito. El humo apenas le permitía ver y estaba asustado. Apartó un poco de la nube gris para asegurarse de que no hubiera fuego y ahí, sobre el plato giratorio del horno de microondas, vio un pollo emplumado sobre una cama de chile guajillo. ¡Vivo! ¡Un pollo vivo, dentro del horno de Migdalia!

—¡Tienes que ver esto, Abu, no lo vas a creer!

—¡Válgame Dios, Juan Pablo! —dijo la señora Migdalia al acercarse—. ¡Acabamos de resucitar al pollo en guajillo!



## 2. El experimento de Migdalia

A la mañana siguiente, la señora Migdalia le pidió a su nieto que le trajera las propagandas de pizza que encontrara en los buzones de las casas. JuanPi salió muy temprano a bordo de su bicicleta y recorrió las calles en busca de los anuncios. Su abuela no le había dicho para qué necesitaba las hojas de papel con las promociones del 2 x 1, pero pensó que tal vez iba a hacer una piñata y quería cubrirla con los papelitos de las pizzas, para no gastar en periódico. Sin embargo, una vez que tocó el timbre del departamento se dio cuenta del plan diabólico de Migdalia.

—¡Vamos a poner un negocio de pizzas! —dijo mientras recortaba la foto de una hawaiana del anuncio de Little Picza.

—¡Pero robar la propaganda de los otros negocios está mal, Abu!

—Creo que no entendiste. ¡Vamos a meter estas fotos en el horno y tendremos millones de pizzas sin invertir ni un centavo!

Florencio, el pollo que resucitó del guiso al guajillo, le dio un picotazo a JuanPi en el tenis. La noche anterior, Mig-

dalia lo había adoptado como mascota y le puso ese nombre en honor a su tío tatarabuelo.

—Yo digo que lo mejor sería regresar ese horno a la fábrica de la que vino.

—Piénsalo, hijo: ¿quién en este mundo tiene la posibilidad de empezar un negocio sin gastar? ¡Sólo nosotros! Lo único que tenemos que hacer es meter las fotos al horno, apretar los diamantitos esos y listo. ¡Se venderán como pan caliente! ¿Cuál pan? ¡Como pizza caliente!

La señora Migdalia abrió la puerta del horno de microondas, conectó el cable a la corriente y se puso los lentes. Los diamantes, otra vez, tenían los colores verde, azul y morado de la mañana anterior.

—A ver, vamos a ver. Las lucecitas de aquí dicen que es morado, verde y azul. —Presionó los diamantes y se hizo a un lado—. Y ahora esperamos a que funcione.

JuanPi pegó la cara a la puerta del microondas, para descubrir lo que sucedía en el interior. El cristal era tan oscuro que lo único que se veía eran las luces que organizaban un baile. Una vez más se hizo el silencio, los diamantes se pintaron de colores rojo, amarillo y naranja, y la puerta se abrió. La nube de vapor fue más pequeña que la que provocó el pollo Florencio, pero era tan espesa que no dejaba ver el resultado del experimento de Migdalia.

—¿Ya estará lista, JuanPi?

—No sé, Abu. ¿Quieres acercarte a ver?

—No, hijo, mejor aquí de lejitos.

JuanPi y Migdalia esperaron a que el vapor se fuera. La señora tomó un cucharón de metal y caminó hacia el microondas, lista para usarlo como espada. Lo metió con cuidado e intentó tocar la orilla de la pizza o el queso derretido.

—¡Lo logramos! ¡Lo logramos, JuanPi! Mira nada más que color, qué piña tan caramelizada. ¡La masa crujiente! ¡El queso! ¡El jamón!

La pizza hawaiana del anuncio de Little Picza se había transformado en un platillo de verdad. Migdalia usó los guantes de cocina para sacarla y ponerla en la mesa. Los diamantes del horno volvieron a sus colores originales.

—Hay algo que no entiendo, Abu. ¿Por qué si metimos el pollo al guajillo salió un pollo de verdad, pero ahorita que metiste la foto de la pizza no salió un puerquito? Porque el jamón es de cerdo.

—¡No estés de preguntón, las cosas son así y punto! El pollo ya estaba cocido y la pizza era un dibujo, no te voy a explicar de física cuántica porque no me vas a entender. Es así. Ahora pruébala, ándale.

—¿Yo?! Pero si es tu negocio, es tu idea.

—Por esa misma razón: la de las ideas soy yo, a ti te toca probarla. Además, yo ya soy muy mayor y quién sabe qué me pueda pasar. No creo que te quieras quedar huérfano de nuevo, ¿verdad?

JuanPi tomó una de las rebanadas de la pizza. La olió para ver si no tenía un aroma extraño, tocó el jamón con la punta del dedo y después le dio una mordida para probarla.

—¿Y? ¿Qué tal?

Migdalia miró a su nieto masticar el pedazo de masa con ingredientes. El niño le dio otra mordida antes de expresar su crítica.

—¡Está buenísima, Abu! ¡Eres una genio!

—¡Entonces busca la botella de catsup y la salsa Clementina, JuanPi! —gritó y agitó el cucharón a manera de festejo—. ¡Vamos a poner el puesto de pizzas más exitoso de la colonia! ¿Dije colonia? ¡De la ciudad!



### 3. Pizzas Dali

Migdalia y JuanPi pusieron una mesa en la entrada del edificio y acomodaron dos sillas para ellos y una para los clientes; los botes de cátsup y salsa Clementina ayudaban a que el mantel de la mesa no se volara con el viento. El puesto era sencillo, pero llamaba la atención de quienes pasaban por la calle. En el letrero de cartulina fosforescente que pegaron en la pared se leía “Pizzas Dali” con plumón plateado.

—¿Son Pizzas Dali por Salvador Dalí, Abu?

—¡No! ¡Dali por Migdalia! ¿Le ves el acento a la letra i? ¡No! ¡Cuál Salvador Dalí! ¿Qué ha hecho él de importante, para que le ponga su nombre a mis pizzas?

El primer cliente en llegar fue el señor Antonio, el dueño de la vulcanizadora. Se acercó al puesto, mientras revisaba en la bolsa de su pantalón si llevaba dinero. JuanPi empezó a mover los globos que su abuela le amarró en las muñecas para atraer clientes.

—Buenas tardes, doña Amigdalia, ¿cómo le va?

—¡No me diga Amigdalia o le voy a decir Llantonio!

—¿Qué pasó, qué pasó, doñita? Yo nomás vengo a comprar unas pizzas, pero luego luego lo empiezan a agredir a uno.

—A ver, dígame, cuántas va a querer. Tenemos puras medianas porque mi horno es chiquito. Hay de pepperoni, hawaiana y ranchera.

Antonio, a quien conocían como don Vulcano por trabajar en la vulcanizadora, miró las pizzas que Migdalia sacó de una caja. La idea de ponerlas sobre una charola de cartón y cubrir las con una bolsa se le había ocurrido a su nieto, pues no tenían cajas como las de Little Picza para entregarlas.

—Le voy a pedir cinco pizzas surtidas, doñita —dijo y contó los billetes para pagarle a la señora—. Fíjese que hoy es mi cumpleaños y quiero hacer una fiesta, sencillita porque no hay dinero, ¿verdad?

—Si no tiene dinero no se las voy a poder vender, don Vulcano.

—¿Qué pasó, qué pasó? Sí traigo, mire.

—No me está entendiendo. No se las voy a vender porque son un regalo de mí para usted. Y dale los globos, JuanPi, no quiero que este pobre hombre vaya a pagar una millonada en la papelería, para decorar.

—¡Órale, doña Amigdalia! Usted sí que es a todo dar.

—¡Y nada más porque es su cumpleaños le permito que me diga Amigdalia! ¡Adiós, Llantonio! ¡Váyase a festejar!

Llantonio Vulcano tomó sus charolas con pizzas y se fue corriendo en dirección a su casa. Nunca se había visto un hombre más feliz en esa colonia. La señora Migdalia estaba

segura de que haría una gran fiesta, y en una de éstas, le llevaría una rebanada de pastel en agradecimiento.

A lo largo de la tarde los clientes no dejaron de llegar al puesto de Pizzas Dali. JuanPi tuvo que subir varias veces al departamento para fabricar más pizzas con las fotos de la propaganda, pues las primeras se habían terminado. Ninguna de las personas que probaron la hawaiana o la ranchera sospecharon que los ingredientes provenían de un papel, estaban deliciosas. Cuando el sol se escondió y la señora Migdalia se preparaba para guardar su negocio, una niña se detuvo frente a la cartulina del anuncio.

—Buenos días, señora doña Amígdala.

—¡Migdalia! ¡Me llamo Mig-da-lia! Te lo he dicho muchas veces.

—Por eso, señora Mig... Amig..., señora. Quería ver si me puede vender una de sus pizzas. Mi mamá me mandó a comprarla porque ella no puede venir.

—¿Y por qué no puede venir? No pienses que soy chismosa, lo que pasa es que me gusta estar bien informada.

La niña con peinado de chonguitos puso una cara triste que recordaba los ojos de los perritos tiernos de los videos de internet.

—Operaron a mi hermana y la está cuidando. La operaron de las amígdalas, digo, de las migdalias, como usted.

—¡Que no me llamo Amígdala! —La cara de la señora Migdalia se puso más roja que la salsa Clementina—. ¡JuanPi! Vas a ir con la mamá de esta niña en este preciso momento y...

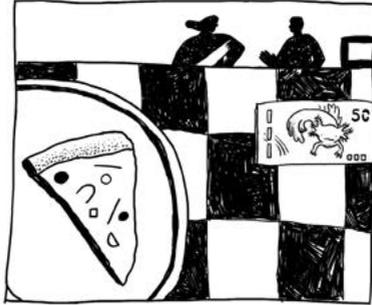
—No, perdón, señora Amígdala, no le vuelvo a decir así.

—... y le vas a llevar estas dos pizzas de cortesía —sonrió—. No quiero que la niña operada y su familia se queden sin comer.

Migdalia empacó en la caja las últimas dos pizzas que quedaban y la botella de salsa cátsup a punto de terminarse. Su nieto acompañó a la niña de los chonguitos hasta su casa, que no quedaba muy lejos, y tomó el camino de regreso al departamento de su abuela. Para ser el primer día, las ventas habían estado de lujo: diecisiete más las cinco que regaló a don Vulcano y a la familia de la niña sin amígdalas. Si seguían por ese camino, pronto podrían rentar un local cerca de la primaria.

—Mira lo que compré, hijo —dijo la señora Migdalia cuando vio a su nieto cruzar la puerta—. ¡Hoy vamos a cenar tacos! ¿Creíste que comeríamos pizzas? ¡Claro que no! Nosotros nos merecemos lo mejor. ¡Y los compré, no los copié con el horno! ¿Qué tal que nos hacen daño?

Y se sentaron en el sillón a comer tacos de suadero, con la serie de detectives de Migdalia en la pantalla de televisión.



#### 4. Fajos de billetes

Así pasó muchísimo tiempo, o sea, dos semanas. La señora Migdalia y JuanPi se hicieron de fama en la colonia por tener las pizzas más deliciosas que cualquiera pudiera imaginar y una velocidad impresionante al momento de prepararlas. La señora se metió a todos los grupos de CuaksApp y Feosbuk que encontró para ofrecer servicio de entrega a domicilio. Cada que había un pedido que atender, JuanPi se ponía el casco, subía a la bicicleta y arrancaba hacia su destino.

Los problemas comenzaron un viernes por la mañana. El zumbido del horno despertó a JuanPi mucho antes de la hora en que se levantaba de la cama. Se puso las pantuflas de garra de dinosaurio y entró a la cocina donde su abuela copiaba ¡¿billetes?! El niño se talló los ojos para comprobar que no estaba equivocado.

—¿Pero qué estás haciendo, Abu?!

—Buenos días, JuanPi. Anoche que no podía dormir me puse a pensar y creo que nos hemos quedado cortos con el negocio de las pizzas. Mírame bien, ¿te parece que una dama como yo nació para ser una pizzera? No me contestes. ¡Claro

que no! Cuando iba en la primaria y me preguntaron qué quería ser de grande, yo les contesté que millonaria. Voltea a ver la casa, ¿somos millonarios?

—Pues no, Abu.

—¿Y tú crees que el negocio de las pizzas me va a hacer millonaria?

—Pues tampoco, Abu.

—¡Exactamente! Por eso pensé en esta idea. Voy a recortar las fotos de los billetes que me encuentre en las revistas y los voy a convertir en dinero real. ¿A poco no es una gran idea?

—¡No! ¡Eso es un delito, Abu! ¡No puedes falsificar billetes, eso es robar!

—Pero si yo no le estoy robando a nadie. Con este dinero voy a pagar la luz que hemos gastado en ese disparate de las pizzas. Estoy cansada de no vivir igual que una mujer de categoría como yo.

JuanPi se puso frente al horno de microondas para que Migdalia no imprimiera una segunda tanda de billetes. No quería que su abuela pasara de ver series de detectives en la sala a ser la más buscada por la justicia. Él estaba seguro de que copiar billetes les traería muchos, muchísimos problemas. Además, el negocio de las pizzas no iba nada mal, y si Migdalia dejaba de hacer tantas compras en el ¡Llame ya!, ahorrarían una fortuna que no los haría millonarios, pero sí un poco menos pobres.

—¡Hazte a un lado, Juan Pablo!

—No, Abu, no vas a falsificar billetes. ¡Me niego!

—¡No te estoy preguntando! ¡Fuera de aquí, chamaco!

Migdalia consiguió quitar a su nieto, abrió la puerta del horno, metió la foto de un fajo de billetes y presionó los diamantes morado, verde y azul. Las luces del interior del aparato hicieron que su sonrisa se viera diabólica. En cuanto la nube de vapor desapareció, la señora metió la mano y sacó el montón de billetes nuevecitos. Los diamantes de colores cálidos seguían anunciando el éxito de la transformación.

—¡Huele nada más! —Migdalia hizo un abanico con el dinero—. Es el olor de la fortuna. Imagínate la vida que nos vamos a dar, JuanPi. Ya nos vi... ¡rodeados de billetes!

—¡No pienso ser parte de tu crimen, Abu! ¡La gente va a sospechar! ¿Y qué vas a hacer? Van a creer que hay algo raro. ¿De dónde les vas a decir que sacaste los billetes?

—Tienes razón, JuanPi, no pensé en eso.

En la mesa de la cocina, junto al licuado de mango y el huevo revuelto del desayuno, seguían las dos rebanadas de pizza que no se vendieron el día anterior. En la sala, el pollo Florencio picoteaba el corral que le instalaron para que no destruyera los sillones.

—¡Ya sé! Tú te harás cargo del negocio de las pizzas y no se diga más. Si preguntan de dónde sacamos el dinero, las pizzas serán la respuesta. ¡Te digo que no eres bruto, lo que pasa es que la carita no te ayuda!

Migdalia cocinó cerca de cincuenta pizzas en el horno y le pidió a su nieto que bajara a venderlas en el puesto. Con el microondas desocupado, copió todos los fajos de billetes que

encontró en los periódicos. Decidió guardarlos en el mismo horno para que no se desaparecieran, pues era lo primero no comestible que copiaba con ayuda de los diamantes de colores. Estaba muy emocionada, ni en sus sueños más locos había tenido tanto dinero para ella sola... y su nieto.

JuanPi, por su parte, seguía preocupado. No quería convertirse en cómplice de Migdalia, pero ella no lo escuchaba. Las ventas de ese día fueron tan buenas, que no notó en qué momento su abuela se fue del departamento, pero cuando regresó de hacer una entrega en la bicicleta, abrió la puerta y ella ya no estaba ahí. Temió lo peor, creyó que la policía la acababa de agarrar por el delito de falsificación de billetes.

—¡Quita esa cara, JuanPi! —La puerta se abrió y Migdalia entró cargada de bolsas—. Se acabaron las ofertas del ¡Llame ya!, ahora compraremos en las mejores tiendas de la ciudad. Liverpunk, el Palacio del fierro y Sangrons fueron testigos de cómo yo, Migdalia Buenrostro, la magnate de las pizzas, compró las cosas más buenas y más caras de su catálogo. ¿A poco no estás emocionado?

Pero JuanPi no se sentía emocionado. Estaba convencido de que allá, en las tiendas donde su abuela había gastado una fortuna, alguien descubriría los billetes falsificados.

—Y quítate esa ropa, te compré una nueva para que no te veas tan piojoso. Una dama como yo no puede tener un nieto chamagoso y greñudo.



## 5. Jaime, asistente personal

Tres días después, Migdalia empezó a volverse loca con el dinero. El clóset se llenó de pieles, ropa de diseñadores italianos y marroquíes, joyas de cientos de quilates y diamantes de todos tamaños. En el lugar de estacionamiento que había rentado por años, se veía un convertible verde como sus muchos dólares. Cada vez que uno de los vecinos preguntaba de dónde sacaba tanto dinero, ella respondía: “De mi medio primo tercero Benjamón Buenrostro. Él me heredó su fortuna y vea si no fue un hombre bien pesado”.

Jaime tocó la puerta del departamento ese lunes por la tarde. Vestía traje y corbata, a pesar del calor de las vacaciones de verano. Migdalia suspendió su mascarilla de ostras de las Maldivas para atenderlo.

—Mucho gusto, señora Buenrostro —no quiso arriesgarse a decir mal el nombre de Migdalia—. Mi nombre es Moisés y vengo por el puesto de asistente personal, chofer y mayordomo.

—Oh, Jaime, qué gusto que estés aquí. ¡Quedas contratado!

—Creo que se confundió, señora. Yo no me llamo Jaime, mi nombre es Moisés. Moisés Ramírez, para servir a tan elegante dama.

—No me gusta cómo suena eso de “Moisés”. Las personas de dinero que salen en *Bola TV* tienen un mayordomo que se llama Jaime, y como yo también soy de dinero y no me quiero quedar atrás, voy a decirte Jaime.

—Discúlpeme, señora Buenrostro, pero mi nombre es...

—¡Vas a ver cómo con mil pesos extra a la semana en tu pago sí te llamas así!

Migdalia le pidió a Jaime que le comprara un yate en Acapulco, una isla cerca de Puerto Rico y que se encargara de la construcción de su primera mansión en Los Cabos con alberca olímpica.

—Es muy importante que la alberca sea olímpica, Jaime —le dijo—. A mí no me sirve de nada una semiolímpica. ¡Olímpica!

JuanPi continuaba a cargo del negocio de las pizzas. Su abuela se paraba de vez en cuando en el puesto para checar que los clientes estuvieran felices con el servicio. Tanto ella como su nieto conocían bien el funcionamiento del horno: conectarlo, presionar los diamantes morado, verde y azul, esperar el zumbido de la puerta y después desconectarlo. Sin embargo, JuanPi se puso tan nervioso con la llegada de Jaime que jaló antes de tiempo el cable que conectaba el aparato. La nube de vapor se convirtió en espuma y la puerta se abrió con un chillido espantoso.

—¡Mira nada más lo que acabas de hacer, Juan Pablo! Si el horno se descompone tú vas a ser el culpable.

Migdalia abrió el microondas y descubrió que las tres pizzas que debían salir no estaban ahí, ni siquiera se veía la fotografía recortada de la publicidad de la competencia. El horno se encontraba vacío, sin nada, ni un rastro de magia.

—Perdón, Abu, es que...

—¡Nada, Juan Pablo! —Migdalia subió la voz para que su nuevo asistente personal la escuchara—. Sospecho que quieres destruir el negocio de pizzas que nos ha dado el dinero para comprar el convertible y darle el maíz más exclusivo a Florencio. No voy a permitir que hagas esto, así que quien va a atender el puesto hoy soy yo.

Migdalia bajó las escaleras del edificio muy enojada. El puesto de Pizzas Dali también se había modernizado gracias a la falsificación de billetes. La mesita de plástico se cambió por un escritorio tipo *art de cow*, en el sitio donde antes estaba la cartulina fosforescente se veía un pizarrón electrónico y la caja registradora. Ahora ella era la encargada de hacer las cuentas y dar el cambio a los clientes. JuanPi fue detrás de su abuela para explicarle que él no quería destruir ningún negocio, sino que se trataba de un accidente.

—Buenos días, señora... señora Buenrostro —interrumpió la niña de chonguitos del primer día—. Dice mi mamá que si es usted tan amable de fiarle una pizza. No tiene dinero porque todavía no es quincena, pero el jueves sin falta le paga.

La señora miró de arriba abajo a la niña. JuanPi estaba a punto de entregarle dos pizzas medianas de jamón con piña cuando los gritos de su abuela lo sorprendieron.

—¡No te vas a llevar nada!

—Pero, señora —los ojos de la niña se llenaron de lágrimas—. Es que no tenemos nada que comer hoy y...

—¡Ése no es mi problema! Dile a tu mamá que en Pizzas Dali no le fiamos a nadie, y que si vuelve a pedirme eso, voy a tener que cobrarle las dos pizzas que te llevaste la otra vez.

¡No se me olvida!

La niña se fue llorando a moco tendido del negocio de Migdalia. JuanPi quiso ir detrás de ella, pero su abuela lo jaló de la playera para que se quedara en su lugar. Segundos después, don Vulcano llegó con un billete de quinientos y varios manchones de grasa de auto en la ropa.

—Buenas, buenas, doñita. ¿No tendrá que me cambie? Fíjese que nos quedamos sin nada en la vulcanizadora y...

—¡Ah! ¡Otro que quiere quitarme mi dinero! —Migdalia dio un paso hacia atrás para que Llantonio no la ensuciara—. No le cambio nada, usted ni pastel me trajo el día de su cumpleaños, y eso que yo le regalé las pizzas. ¡Lárguese de aquí!

JuanPi estaba sorprendido de la forma en la que el dinero había cambiado a su abuela. No podía creer que les hablara así a sus mejores clientes y no sintiera ni un poquito de pena. Extrañaba a la Migdalia de antes, la que no usaba pieles carísimas, ni compraba agua de las islas Fiji porque la otra le parecía corriente.

—Y ahora tú súbete a la casa —le dijo—. Te vi todas las intenciones de cambiarle el billete a don Vulcano y eso no lo voy a tolerar.

—Pero, Abu...

—¡Nada de peros!

El niño regresó al departamento muy decepcionado. Jaime, el mayordomo, miraba un programa de cocina en la televisión mientras planchaba la ropa.

—Interrumpimos la programación para dar un aviso importante —la pantalla mostró a un reportero afuera de una tienda Liverpool—. Estamos informando en vivo sobre el caso del falsificador de billetes que opera en la ciudad. La policía encontró una pista del posible responsable y creemos que en los próximos días será enviado a la cárcel. Pronto les tendremos el desenlace de esta historia.

JuanPi se llenó de miedo. Si existía una persona que falsificaba billetes y los usaba en esa sucursal de Liverpool, ésa era su abuela.



## 6. Lo que viene siendo el cateo

El timbre sonó muy temprano. Migdalia se encontraba contando billetes en la cocina, los guardó en el horno en cuanto escuchó que alguien llamaba a la puerta y se puso su bufanda de plumas de pájaro Dodo.

—¡Debe ser Jaime! —gritó—. Me dijo que hoy traería las llaves de nuestra nueva casa en Bosques de las Chirimoyas. ¡Ve a abrir, Juan Pablo!

Apenas el niño abrió la puerta, un policía lo empujó y se metió en el departamento. Detrás de él iba el mismo reportero que el niño había visto en la tele.

—Buenos días, joven —saludó el policía—. Mi nombre es Cayetano Valadez. ¿Vive aquí la señora Amígdala Buenrostro?

—¿Cuántas veces les tengo que decir que no me llamo Amígdala?! ¡Soy Migdalia! Mig-da-lia.

El camarógrafo que acompañaba al reportero comenzó a grabar. Cayetano Valadez sacó de la bolsa de su pantalón una hoja llena de letras chiquitas.

—Señora Migdalia “N”, estamos en lo que es su domicilio para hacer lo que viene siendo un cateo. Usted es la principal sospechosa de lo que es el delito de falsificación de billetes.

—¿Cateo? ¿Y qué es eso de cateo?

—Significa que vamos a registrar lo que es su casa para buscar evidencias que la incriminen. Aquí tiene lo que viene siendo la orden judicial. Déjeme pasar.

El pollo Florencio se lanzó contra Cayetano, parecía que entendía por qué estaba en la casa y qué pasaría si encontraban los fajos de billetes falsos.

—¡Pero usted no puede venir a revisar mis cosas! ¿Y por qué dice: “lo que es” o “lo que viene siendo”, en cada frase? Yo soy una mujer muy mayor y...

Cayetano, el reportero y el camarógrafo se metieron al cuarto de JuanPi. Destendieron la cama, revolvieron los cajones con los calcetines, buscaron en el baúl de juguetes y abrieron una jirafa de peluche para inspeccionarla. Después de eso entraron al cuarto de la señora donde sólo encontraron un par de calzones con estampado de billetes. Cada que aparecían joyas caras o pieles de bisonte, Migdalia decía que eran herencia de su medio primo tercero Benjamón Buenrostro.

—No va a encontrar nada —insistía al oficial—. Soy inocente, aquí nadie ha falsificado ni un centavo.

Pero no le creían.

La revisión del baño tardó apenas unos minutos. El olor del drenaje era tan fuerte que Cayetano tuvo que salir a la sala a vaciar las botellas del shampoo. JuanPi estaba muy asus-

tado. Tenía miedo de que descubrieran a su abuela y la llevaran a la cárcel. Si eso llegaba a pasar, él se quedaría solo, huérfano por segunda vez.

—Lo único que nos falta revisar, señora —anunció el policía Cayetano—, es lo que viene siendo su cocina. Si me permite... —¡No le permito nada! —Migdalia se paró con piernas y brazos abiertos frente a la cocina—. Ya lo dejé revisar cada rincón de mi casa y no encontré nada. No voy a permitir que un policía piojoso como usted me ensucie mi cocina. ¡Faltaba más!

Las manos de la señora Migdalia comenzaron a sudar. Si el policía abría la puerta del horno de microondas, encontraría los billetes falsos.

—Ésa es una actitud sospechosa, señora. Voy a tener que proceder con lo que es la revisión.

Cayetano y el reportero entraron a la cocina. Del refrigerador sacaron varios *Tuppers* con frijoles que, aunque olían mal, no eran peligrosos. Metieron la mano en la legumbreira, en la caja del cereal, revisaron cada una de las tazas para café y pelaron los plátanos para buscar pistas.

—Al parecer se trató de lo que es una falsa alarma, señora. Usted es inocente. Sólo nos faltaría lo que viene siendo su horno y nos iremos. Permítame...

El camarógrafo hizo *zoom* al horno de microondas. Migdalia se comía las uñas de los nervios. Dentro del horno estaban los fajos de billetes y las joyas que no cabían en su cuarto. JuanPi cerró los ojos, recordó el momento en que desconectó el aparato por error y las pizzas habían desaparecido. Si existía una forma de salvar a su abuela, quizá era ésa.

—¿Qué estás haciendo, niño? —gritó el reportero.

JuanPi esquivó al policía. Conectó el cable del horno, apretó los diamantes en el orden que se le ocurrió, y antes de que la puerta se abriera con un zumbido, lo desconectó. El horno se movió como si estuviera a punto de explotar. Los colores verde, azul y morado se pintaron de rojo chillante.

—¡Háganse a un lado! —gritó el reportero—. ¡Esta cosa va a explotar!

Pero antes de que Cayetano, el camarógrafo, el reportero, Migdalia y JuanPi se movieran, el microondas explotó. Una nube de humo gris y espeso cubrió la cocina. Se escuchó una tos al lado de la lavadora y otra más debajo de la mesa del comedor.

—¡JuanPi! ¡Hijo! ¡¿Dónde estás, Juan Pablo?!

Migdalia caminó con cuidado por la casa y abrió la ventana. No se tropezó con el corral de Florencio, ni con el burro de planchar con incrustaciones de platino que Jaime dejó junto a los sillones. La nube de humo se escapó lento, muy lento, por entre los barrotes.

—¡Dime que estás bien, JuanPi! —continuaba gritando su abuela—. ¡No te veo, Juan Pablo!

JuanPi abrió la puerta. El vapor terminó de salir de la casa, y cuando lo hizo, el horno ya no estaba ahí. Había desaparecido, y junto con él, las pieles caras, las joyas de diamantes, la ropa de diseñador y hasta el pollo Florencio.

—¿Y lo que había en la sala? —preguntó el reportero—. ¿Y la fuente de piedras de Tuvalú, los cojines de plumas de cacatúa y el pollo del corral? ¡Está grabado!

Como respuesta, el camarógrafo le enseñó que en su hombro ya no descansaba la pesada cámara de televisión. El policía Cayetano ni siquiera notó la diferencia entre la sala a la que entró y de la que se iba.

—Como le iba diciendo, señora Migdalia, se trató de lo que es una falsa alarma —Cayetano levantó su gorro de policía en señal de despedida—. Disculpe las molestias.

Migdalia se dejó caer en el sillón. Cayetano y el reportero salieron de la sala y dejaron a JuanPi con su abuela, solos, como en el principio de la historia. Los ojos de la señora estaban perdidos, llenos de tristeza.

—¿Y mi mansión con alberca olímpica? ¿Y mi convertible verde dólar? ¿Dónde está Florencio?

—Se fue, Abu, todo se ha ido.

Migdalia marcó el número de Jaime para ver si su asistente personal la recordaba, pero al otro lado de la línea contestó un hombre que se llamaba Moisés.



## 7. Lo que pasó después

Y ésa fue la historia de lo que pasó con la señora Migdalia, o sea, mi abuela, y su nieto Juan Pablo, que soy yo. Cuando los vecinos se enteraron de que Migdalia había perdido su fortuna y a su adorado Florencio, se cooperaron para regalarle un pollo de peluche. Mi abuela se puso muy feliz y le pidió disculpas a don Vulcano y a la niña de chonguitos por haber sido tan grosera con ellos.

Nunca supimos lo que sucedió con la fábrica de hornos mágicos, pero mi abuela prometió no volver a comprar ofertas por internet. Todo el dinero que ahorramos del ¡Llame ya! lo invertimos en una copiadora profesional con la que ahora fabricamos la propaganda de las pizzerías de la colonia.

He tratado de convencer a mi abuela de que imprimamos nuestra aventura con el horno y la vendamos como libro. Ella dice que no, que no quiere que nadie se entere de sus crímenes.

—¿Tú crees que una mujer tan elegante y tan bonita como yo debe aparecer en un libro como delincuente? ¡Claro que no!

Por eso la convencí de contarla como si fuéramos otras personas, para que nadie piense mal de nosotros.

## Índice

1. Un horno de oferta, de promoción	5
2. El experimento de Migdalia	10
3. Pizzas Dali	14
4. Fajos de billetes	18
5. Jaime, asistente personal	22
6. Lo que viene siendo el cateo	27
7. Lo que pasó después	32

**SECRETARÍA DE CULTURA**

**Alejandra Frausto Guerrero**  
SECRETARIA DE CULTURA

**Marina Núñez Bepalova**  
SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

**Omar Monroy Rodríguez**  
TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

**Guillermina Pérez Suárez**  
COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Diciembre de 2023